

Autobiografía, historia nacional y política

Gabriela Polit

En 1999, Sergio Ramírez publicó este libro a propósito del vigésimo aniversario de la revolución sandinista. La obra es un texto autobiobiográfico de quien fuera el vicepresidente de Daniel Ortega durante los años del régimen sandinista. En ella nos narra sus experiencias en la revolución, la época en el poder y las circunstancias que siguieron a la derrota del sandinismo.

Sergio Ramírez: ***Adiós muchachos. Una memoria de la revolución sandinista***, Aguilar, México, 1999.

La portada del libro, cuya imagen merece una mención, es el retrato de un grupo de jóvenes, entre los 18 y 20 años, quienes lucharon para hacer posible el sueño revolucionario. Es una de esas fotos que estremecieron al continente cuando todavía había esperanza en la política, y creencias en la posibilidad de un orden distinto. Veinte años más tarde, esas miradas se congelan con la nuestra, en la certeza de los sueños desvanecidos.

Ramírez en 1997 obtuvo el premio Alfaguara con su novela *Margarita, está linda la mar*, donde cuenta la historia de la muerte de Anastasio Somoza García y la vida de Rubén Darío. De manera magistral, el autor traza un linaje entre los grandes escritores de su Nicaragua natal vinculando la inspiración poética con la valentía política.

En *Adiós muchachos*, por el contrario, Ramírez traza linajes políticos. Su narrativa apela a la legitimidad que da la experiencia y a la autoridad de la voz paterna. Sus palabras se convierten, de manera

efectiva, en la memoria con la que los nicaragüenses, seguramente, recordarán la revolución y se reconocerán como nación. El libro reproduce el modelo de las narrativas del siglo XIX, cuando los políticos y los escritores eran quienes llevaban a cabo la labor de las naciones y escribían ficciones en las que las imaginaban, como propone Benedict Anderson. Pero mientras en el siglo XIX las narrativas estaban cargadas de esperanza y proyectaban una normatividad para las futuras naciones, en el XX, libros como *Adiós muchachos* están escritos a manera de *memorias* de una generación de padres que no acepta su muerte y no da paso a la generación de hijos e hijas en el quehacer de las nuevas naciones. Tal vez haga falta pensar la patria de manera distinta para construirle otra memoria o memorias.

Sin embargo, es claro que *Adiós muchachos* ofrece una singular estrategia narrativa que sugiere una analogía con las narrativas fundacionales del siglo XIX. Al igual que en el siglo anterior, siguen siendo los lazos masculinos los que tienen un papel preponderante en la historia nacional, y sigue siendo la figura del padre la que legitima la narrativa fundacional.

La intención de la presente lectura es analizar *Adiós muchachos* a través de las convenciones de la narrativa autobiográfica y dar cuenta de que el libro aspira representar la memoria oficial de la nueva Nicaragua. En las primeras páginas, Ramírez compara sus memorias con las que Bernal Díaz del Castillo escribiera en su *Historia verdadera de la Nueva España*. Bernal Díaz da una versión donde hace hincapié en su condición de testigo y protagonista de la historia. Ya viejo, el español confiesa luchar contra su propio olvido. Al comparar con éstas sus propias memorias, Ramírez da un halo de legitimidad a su libro: como testigo y protagonista de la revolución sandinista escribe en contra del olvido de toda Nicaragua.

Mientras al inicio del libro queda establecida la autoridad del discurso por el papel protagónico del autor en el proceso revolucionario, en su epílogo nos aclara que él, Ramírez, no es más un político. La necesidad de situarse fuera del campo político, parece ser la de aclarar que no es un interés por el poder lo que le llevó a escribir estas memorias. Por un lado, el autor da al discurso la legitimidad política para constituirlo en una memoria colectiva y oficial. Por otro, él mismo se sitúa fuera de la realidad de la que trata el libro. Estos elementos con los que Ramírez define su estrategia narrativa, son el preludio al aspecto más significativo de su obra. Ramírez da a su hijo, quien peleó en la guerra, el gesto fundacional de sus memorias¹.

El discurso autobiográfico se articula alrededor de la figura del hijo, con esto se crea un linaje masculino que da cuenta de la importancia de la guerra en el fortalecimiento de la idea de nación durante los años que siguieron a la revolución. Tanto en el siglo XIX como en el XX, los discursos nacionales muestran la necesidad de idealizar las figuras de padres e hijos, quienes son los que llevan a cabo las tareas militares; por ello la importancia del linaje paterno². Por esta razón, Ramírez coloca a su hijo Sergio, quien estuvo en la guerra, en el lugar principal de la narrativa.

La centralidad de la figura de su hijo marca el tiempo de la narración, que es a la vez la vida del padre: «Sergio está al fin escribiendo su tesis, que tiene que ver con el mercado ..., y cuando este libro se publique ya se habrá graduado de administrador de empresas» (p. 19). El gesto de poner a su hijo como ente que articula el discurso, está unido a una necesidad apologética. La apología es una de las características más notables del discurso autobiográfico. Escribir la propia vida es explicarla y, a la vez, buscar reconocimiento. En este caso la apología tiene una doble dirección. Por un lado, es la excusa de un padre que ha estado ausente del hogar. La explicación de esta ausencia está en las tareas que demandaba la revolución. Por otro, es la excusa del político que busca expiar todos los errores que él y su partido cometieron durante los años en el poder. El perdón por estos errores políticos, Ramírez lo encuentra en su calidad de padre sacrificado (es necesario aclarar que el énfasis de su paternidad está dado por el hecho de que su único hijo varón peleó en la guerra). La narrativa en sí misma produce una *mise en abîme*, resultado de la imposibilidad de argumento frente a la derrota política.

El autor de la crónica de los sueños desvanecidos no se sitúa en el lugar del héroe, el soldado, el líder o el estratega, sino que prefiere el lugar del padre. En vez de ser un discurso que muestra de la creación del yo como un texto —tan común en el género autobiográfico— en *Adiós muchachos* el autor da importancia a su figura como padre. Así, el eufemismo de la muerte del político contrasta con la retórica de la continuación del padre. Y la memoria de la revolución sandinista consolida el predominio de los lazos masculinos, que desde el siglo XIX han sido centrales en el discurso nacional.

Siguiendo a Jay, quien afirma que el discurso autobiográfico revela la crisis del marco epistemológico en el cual el sujeto que escribe se sitúa³, el discurso de Ramírez acerca de la revolución da cuenta de la crisis de una realidad política. Sin embargo, su retórica trae la revolución a su vida privada y a la vez sitúa la paternidad en el dominio público. Así, su paternidad se establece en relación con la comunidad restando importancia a su situación frente a la crisis política.

Sin embargo, el suyo no era el único hijo en combate. Ramírez menciona los nombres de amigos que durante la guerra perdieron finalmente sus hijos y reconstruye genealogías de familias importantes y personajes notables de la Nicaragua de principios de siglo. Un tono de dolor y duelo está presente en todo el libro y muestra lo brutal de la pérdida cuando quienes mueren son los hijos. Esta imagen recuerda al lector el pasaje bíblico, cuando Abraham, pese a su dolor inmenso, está a punto de matar a Isaac, su hijo. Pero años más tarde fue Isaac quien enterró a su padre en la caverna de Macpela. Mientras que en Nicaragua, muchos fueron los padres que sufrieron la pérdida de sus hijos. Muchachos que vivieron sus últimos días en las cavernas donde se preparaban, como los santos de la antigüedad –acota Ramírez–, para una guerra injusta. Mientras los padres gobernaban, los hijos morían en la guerra. Aunque dolorosa, hay algo en esta imagen de la narrativa y de la historia que aparece al revés: la muerte de los hijos.

Lastimosamente, mucha de la historia del continente en este siglo da cuenta de la muerte de la generación de hijos que ha dejado la patria a la generación de los padres. La que narra Ramírez no es distinta. El mayor escritor nicaragüense, al abandonar su quehacer político escribe sobre una experiencia que no fue enteramente suya, porque no fue él quien luchó en la guerra. Son sus palabras, sin embargo, las que se constituyen como la memoria colectiva oficial; es suyo el documento que la define. Así, Ramírez no solo evade la muerte simbólica que su hijo y la generación de su hijo deben darle a él y a su generación, sino que con el libro se convierte en el legítimo protagonista de una memoria para los años y las generaciones venideras.

Otra convención característica de los discursos autobiográficos es que describen una escena en la cual la autora o el autor recuerda su primer encuentro con los libros, es una manera de establecer el propio linaje en el mundo de las letras al que pretende integrarse con su obra. En *Adiós muchachos* el linaje se establece entre hombres de poder, como si su autor buscara un lugar entre políticos. De manera notoria Ramírez describe algunas personalidades de la política del continente, dos de ellas llaman especialmente la atención, Omar Torrijos y Fidel Castro. Ambos tuvieron un papel trascendental en los años que precedieron a la revolución y apoyaron a los sandinistas en el poder. Con cierta sagacidad Ramírez informa: «Y quizá estuve entre los pocos capaces de entrar en diálogo con él, siempre dominado por una fatal atracción al abismo del monólogo» (p. 119). Dejando ver al lector que sus palabras tuvieron relevancia para ser escuchadas. Al mismo tiempo admite que después de su ruptura con los sandinistas, su relación con Fidel nunca sería la misma.

Castro y Torrijos aparecen como figuras legendarias que lucharon por una causa común, la defensa de la soberanía de sus países. Las anécdotas personales con cada uno de ellos marca la propia vida política de Ramírez.

El libro termina con una cronología de la revolución, la fusión de todas las ramas del sandinismo, las negociaciones políticas y las luchas por el poder. Como telón de fondo, siempre está el inmenso sacrificio de todos los que perdieron a sus hijos en la guerra. Veinte años después uno se pregunta si es justo que sigan siendo los padres quienes hagan el duelo por la muerte de sus hijos, y que sigan siendo ellos quienes escriben sus vidas. Debió haber sido difícil para Ramírez poner en 300 páginas la experiencia política que conmovió a todo el continente durante una década. Como debió serlo aceptar todas las derrotas y llegar a considerar a la revolución como un sueño perdido, aun cuando el legado de la democracia le sea reconocido.

Notas

1. La idea de un gesto fundacional en el discurso autobiográfico, es muy recurrente en los estudios sobre este género. Para explorar cómo se constituyen diferentes gestos fundacionales, v. Sylvia Molloy: *At Face Value. Autobiographical Writings in Spanish America*, Oxford University Press, Oxford, 1991 (en especial cap. 1).
2. Una «patrilinealidad» sugiere Michael Kimmel para comprender la importancia que se le da a la masculinidad y a la guerra en las naciones modernas. M. Kimmel: *Gendered Society*, Oxford University Press, Oxford, 2000.
3. Paul Jay: *Being in the Text*, Cornell University Press, 1984.